

¡Ojalá que sepan los venezolanos—y los iberoamericanos todos—escuchar el mensaje equilibrado de Picón-Salas!

A. ORTIZ VARGAS, *Las Torres de Manbattan*.—Boston, Chapman & Grimes, 1939. 184 pp. \$2.00.

En *Las Torres de Manbattan* nos ofrece Ortiz Vargas un vasto poema—interesante por el brillo y la rica armonía de sus versos, y noble por contenido ideal—que merece entusiasta acogida en las Américas.

Ortiz Vargas—poeta bogotano venido de mundos “preñados de sapiencia insondable” que le dieron “el ritmo y la clave” de cosas muy altas—hundió “su pequeña fatiga inestable” en Nueva York, y “trenzó en el aire” un cántico digno de la Urbe que está llamada a “cambiar el sentido del mundo”. En gran parte cumplió su difícil cometido. Como lo dice J. P. Crawford en las palabras liminares del libro, Ortiz Vargas no se contentó con admirar el poder y la grandeza materiales de Manhattan, antes bien se esforzó por conocer su pasado, su presente, su porvenir, sus dichas, sus dolores, su lujo, sus miserias, y los valores espirituales que atesora su corazón profundo, acogedor y esperanzado.

El poema se divide en cuatro partes—“La erección de la Torre”, “El múltiple esplendor”, la “La visión colonial” y “El gris panorama”—, un preludio y un postludio, y está henchido de un aliento profético que a veces causa vértigo y otras acaricia con la visión del alba futura y gloriosa.

En el preludio, el poeta se exalta ante las torres de Manhattan, y les pide que suban más alto, porque la tierra es exigua y es preciso que el hombre moderno vaya más allá del “mismo corazón luminar del lucero más alto”, hasta Dios... En Nueva York se agita un enjambre de seres humanos venidos de todos los rincones del orbe, seres que trajeron “cual una victoria su errátil tragedia, su vicio, su odio, su angustia, su desolación”, sus risas y llantos, sus “recónditas fuentes de amor” y su “ciencia acumulada de siglos y siglos sin fin”. Y esos seres son los mismos que levantan la Ciudad, y en su esfuerzo se cifra el porvenir.

“La erección de la Torre” es sobria, dramática, bella. En el rocoso solar de Manhattan levantan los “sobérbios” sus torres audaces—símbolo “del ensueño y el vuelo y el ímpetu”—, poniendo en juego insólito su valor, su ciencia, su industria y su arte. Miles de obreros—taladadores, dinamiteros que “llevan consigo, dormido en la pólvora, más de un cataclismo”, cargadores, forjadores, carpinteros, plomeros, electricistas, picapedreros, decoradores, pintores, arquitectos, etc.—luchan, sudan, gritan y maldicen bajo el estruendoso clangor de maquinarias brutales—palas, grúas, tenazas ciclópeas, tanques, mezcladoras, trituradoras, ca-

miones, motores que "acezan y braman", y rudos y roncós taladros que "destrozan el pulmón de la roca" mientras la roca "destroza el pulmón del obrero"... Allí los héroes negros, los italianos armoniosos, los germanos de puños de hierro, los rusos atristados, los noruegos nostálgicos, los irlandeses risueños, se mezclan y confunden: todos son "aves sin alero", de "alas rotas" y lenguas extrañas, que allí juntan la miseria y el esfuerzo constructor. Gentes de todas las razas, sometidas a la enérgica acción del ritmo, cavan, asieran, remachan, taladran... y levantan las torres de piedra y granito, de hierro y cemento y acero, de vidrio, de madera, de terracota y de cobre y de bronce, las torres modernas, que tienen pulmones inmensos y arterias por donde circulan el agua y el calor, y nervios electrizados que conducen energía, luz y salud, y que llevan las voces del hombre a todos los rincones del mundo. Ortiz Vargas no ve sólo a los obreros y las máquinas en la erección de la Torre: ve también la inteligencia y la ciencia del hombre que todo lo dirige y lo fabrica, y concentra en Manhattan miles de esfuerzos y materiales para sus torres inmensas.

En "El múltiple esplendor"—la segunda y más larga parte del poema—, el bogotano soñador se fuga en evocaciones y críticas de arte que poca relación directa tienen con el resto del poema... Principia por mostrarnos la Urbe Imperio, sus galas y riquezas, sus placeres, sus tentaciones, su lujo, sus cóleras... Y a modo de contraste, nos habla también de su Universidad—"pensamiento abierto, como el mar, a todas las naves, los rumbos, los vientos"—, templo de la Democracia y del saber humano libre de prejuicios y de dogmas; de la Catedral—"visión del medioevo" que "erró su camino y borda un encaje de gótica trama debajo la llama del sol ponentino"—; de la Sinagoga—"morisco arábescó que aún pueblan las voces de roncós profetas"—; de la Biblioteca y el Museo, donde "se agruparon todos los desvelos, todas las fatigas, todos los sosiegos, del alma del hombre, en todos los tiempos"... Y al hacerlo, en versos de monótonos ritmos, Ortiz Vargas nos da sus opiniones acerca de los grandes poetas de todos los países y de épocas pasadas, y luego se calma en la evocación del Egipto, su vida y sus costumbres. El poema aquí tiene honduras de pozo... pero se desarticula.

En "La visión colonial", el poeta evoca la historia de Nueva York, desde su fundación hasta el día en que se declaró independiente de Inglaterra y siguió su propio destino: luchar, conquistar, ascender... y también acoger a todos los perseguidos de la tierra, a los miserables, a los parias, para darles su aliento dinámico, igualitario y optimista.

En "El gris panorama", nos presenta lo que hay de sórdido en la Urbe sin igual: el *Bowery*, "callejón rufianesco"... "inveterado figón de alcoholismo"... "templo de la Venus mercenaria"... camino de pecado que conduce a los hospitales y a Sing-Sing; la *Little Italy*—"comedia y tragedia, color y sonido"... barrio de fiesta y de dolor, donde viven los inmigrantes italianos recordando su tierra de sol, pobres y sudorosos, pero libres; el *Ghetto*, bazar ambulante "donde se vende todo

lo invendible"... "laceria, miseria, dolor"... "oro escondido" en las arcas de la raza invencible... "refugio de lástimas, ensueño y empeño, el logro porfiado y el rayo de luna"; el *Barrio Chino*, "exótico mundo abstraído"... donde los orientales de andar melancólico luchan y se entregan a las drogas malditas; *Harlem*—"corazón oscuro de la blanca metrópoli"... "insolencia cósmica de la manigua"... "bohemia negra, perversa y festiva"; el *Barrio Hispano-parlante*, inconstante y azaroso como *Harlem*, lleno de "existencias sin rumbo", de seres que abandonaron los lares paternos, llenos de angustia, hundidos para siempre a la sombra indulgente, de la "extraña bandera"...

En el postludio, el poeta se vuelve a exaltar ante las torres de Manhattan, y revela la fe que en ellas tiene, porque son "la Idea vencedora del yugo y la espada", y encarnan la verdadera Democracia, el alma misma de un "generoso país" de "gesto fecundo", que comparte con todos su pan, y su lecho y su luz.

*Las Torres de Manhattan* es un poema vigoroso, afirmativo, optimista. En partes recuerda el *Canto a la Argentina* de Darío, y trata de rivalizar con él, A veces lo iguala, y aun lo supera: en Ortiz Vargas la visión del porvenir no se oscurece con las sombras de ningún nacionalismo, ni ningún racismo limitadores: al contrario, se alza por encima de ellos y da la nota humanitaria perfecta.

WHO'S WHO IN LATIN AMERICA. A Biographical Dictionary of the Outstanding Men and Women of Spanish America and Brazil. Second Edition, Revised and Enlarged. Ed. PERCY ALVIN MARTIN.—Stanford University, Palo Alto, California, University Press, 1940. xxii, 558 pp. a doble columna. \$5.50.

La presente es la segunda edición, corregida y aumentada notablemente, del famoso Diccionario *Who's Who in Latin America* ("Quién es quién en la América Latina"), que publicó en 1935 por primera vez el doctor Percy Alvin Martin, distinguidísimo miembro de la Facultad de la Universidad de Stanford.

El doctor Martin—hombre inteligente, dinámico, entusiasta, efusivo y laborioso—es uno de los mejores amigos que en los Estados Unidos tiene Iberoamérica. Sus tenaces esfuerzos por conocer y hacer conocer su vida y su cultura no tienen límite ni solución de continuidad. Desde los años juveniles ha venido multiplicándolos: ha estudiado, ha investigado, ha viajado por casi todos los países de Iberoamérica, se ha familiarizado con su historia, su vida, sus costumbres y sus ideales y aspiraciones, y ha buscado el contacto directo, personal, con sus más preclaros hijos; ha escrito libros y monografías, y en la Universidad de Stanford ha sentado cátedra de historia iberoamericana, y ha guiado e inspirado a un buen número de estudiantes. Ninguno como el doctor